

Contra la Quinta Columna, contra el hambre, contra toda forma de fascismo y de trozkismo

MULTITUD

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
DIC 31 1943
DEPOSITO LEGAL

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

2^a. Carta a Mr. HAYS

Durante todo el año 1942, recorrí provincia por provincia, el territorio de la República, exigiendo el rompimiento de Chile con el Eje, y escribí, artículos, enérgicamente polémicos, planteando el problema, en función de nuestra gran raíz heroica, de la responsabilidad continental e internacional de Chile y de la epopeya democrática del mundo.

Y, por ejemplo, en La Serena, en Valparaíso, en Valdivia, en Curicó, en Talca, en Vallenar, en Santiago, no fué la pequeño-burguesía profesional o intelectual, ni los escritores, ni los políticos, ni los estudiantes, los que llenaron los teatros... Fué el pueblo. Sentí el pulmón de mi país resollando junto al mío, fuerte, recio, grande, y, mirando los ojos directos y la actitud varonil de los proletarios, los campesinos, que me oían, yo que no soy nada más que un escritor, nada más?, nada menos, y que no representaba a ninguna gran entidad de masas y a ningún partido, y a cuyas espaldas no estaba sino el rencor personal de los enemigos y la gran soledad del mundo, comprendí que nadie estaba menos solo que yo, nadie, porque estaban conmigo las entrañas de mi tierra.

Es el pueblo, el pueblo de Chile, lo único grande que Chile posee.

Y por eso posee los más grandes poetas de América, porque, los más grandes poetas de América, son un pueblo que habla.

Afirmo lo vivido.

Encima del corazón de nuestros corajudos "rotos", descansa el porvenir del Océano Pacífico, en el Hemisferio, querido amigo H. R. Hays, gran escritor del Norte.

Porque, estamos en presencia de uno de los pueblos más valientes e inteligentes del mundo: el chileno.

Andamos, sin embargo, cruzando la etapa del hambre inferior, la etapa espantosa y sanguinaria del capitalismo, que hace crisis y muere, antes de haber llegado a la maduración del régimen. Los monopolios extranjeros, descapitalizando el comercio, la industria, la agricultura nacional agotan y arrasan el crédito, y el capital bancario se convierte en capital especulativo en sus "operaciones". El latifundista reaccionario de la Zona Central, se hace sirviente del conquistador fascista-capitalista, traicionando la chilenidad auténtica.

Y ahí tiene Ud., amigo Hays, un país intoxicado de especulación, deshidratado y como descontrolado, dolorosamente, muy dolorosamente en su régimen vital, en función de una industria, una agricultura, y, sobre todo, una minería descapitalizadas, abocándose a la quiebra rotunda, en los sectores más pobres, en donde, precisamente, se requiere abaratar los costos de producción y aumentar la producción por industrialización técnica, a fin de evitar la cesantía nacional que nos amenaza.

Si nosotros, siguiendo el ejemplo de las grandes potencias, como Inglaterra y Norteamérica, hubiésemos establecido relaciones comerciales y diplomáticas con la U. R. S. S., madre de hé-

roes y de trabajadores, ya hubiésemos constatado el intercambio enriquecedor con la "gran patria humana" de Stalin. Nosotros necesitamos con espantoso frenesí, que los grandes creen grandes mercados de producción y de consumo, aquí, y que Uds., por ejemplo, generen la posibilidad del crédito internacional, en Chile, sobre la base de nuestra gran riqueza pobre y del cumplimiento absoluto y perentorio de la ley chilena, y no únicamente de la ley chilena, sino del destino, del gran destino continental que ha de alcanzar el capital norteamericano en Latinoamérica, creando los fondos concretos de la paz económica en nuestros fecundos pueblos. Chile es grande, como pueblo, como hecho político-democrático, como hecho económico. Pero, no tenemos sino el aspecto de una factoría retrasada y arbitraria de gran provincia, porque la clase patricia de la Nación, nos arrastró hasta ser uno de los pueblos más explotados y uno de los pueblos más hambreados de la tierra.

La industria clásica y básica del país chileno es la Minería; pero la Minería no es industria; es, en general, una gran faena de heroísmo y de individuos desplazados por la técnica y la máquina del gran capital o aplastados por la naturaleza.

La solución nacional, democrática del problema consiste en una planificación clara e integral de la Industria Minera, a través de la "Corporación de Fomento de la Producción", por ejemplo, y de la Caja de Crédito Minero, a fin de generar el pequeño capital minero, socializándolo, por el Estado, por el consumo y los medios de producción, regular los impuestos, los costos, los mercados, alzando los salarios, y asegurando el porvenir de los industriales, y producir una red de caminos y vías de acceso a los centros mineros y a las "canchas" de las "Cajas", organizando la compra-venta, estimulando el descubrimiento de nuevas grandes minas, científicamente ubicadas y calculadas, eliminando la especulación bursátil y haciendo emerger del terrigno propicio por su ubicación, algunas plantas macedizas de elaboración moderna y concreta de metales, según los últimos métodos.

Se requiere, pues, que la economía planificada, por el Estado, organice, desde el Estado, a estas pequeñas empresas agónicas y anárquicas, por la especulación, la descapitalización, la pauperización y la falta de crédito, o los créditos caros y tardíos por el "empapelamiento" de las máquinas burocráticas.

La gran industria minera está representada por el cobre, el salitre, y el hierro, principalmente, y la minería pequeña, a la chilena, por el oro y la plata, las primeras a base del gran capital norteamericano y, el oro, y la plata, pujando y sudando con el pequeño capital chileno. Las minas orera y platera son de carácter romántico y político, y descansan en la leyenda hermosísima y varonil de los rotos chilenos, "cateadores". El Norte Chico avanzó en los años pasados con su "radicalismo", — el liberalismo y los derechos del hombre, de la Revolución Francesa, — a la

espalda, capitaneado por los Gallo, Pedro León Gallo, un héroe civil, — por los Matta, los Lois y los Bilbao, y se estrelló contra el latifundismo rancagüino-curicano-colchagüino, perdiendo la batalla liberadora, contra Montt y la herencia oligárquica de Portales, en la quebrada de Los Loros, de La Serena. Los encomenderos reaccionarios de Lircay, triunfaron, y triunfaron con ellos, los amos y los Grandes Duques de Horea y Cuchilla. Así, la pequeño-burguesía liberal e idealista, conquistadora del régimen parlamentario, la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria y la laicización de los Cementerios, bajó del Norte Chico, y en el Norte Chico aurífero-platífero, se forjó nuestra vieja cultura de Ateneo y Academia, como se engendró en el Norte Grande el proletariado redentor, que encarnó y encauzó, genialmente, Luis Emilio Recabarren.

Desde las entradas arcaicas de "La Santa Colonia", los ilusos pirqueros heroicos y los industriales varoniles del oro, dan oro a la República, a fin de defender el papel billete y se desangran en la palestra caballerescas de los negocios problemáticos, tremendamente problemáticos, por los bajos precios y los altos costos, como los antiguos hidalgos manchegos.

El gran capital internacional, que, desde ustedes, los norteamericanos, se derrama por los Hemisferios, tiene, en Chile, el control del cobre y del salitre, aparte de que también posee hierro, bórax, oro, plata, yodo, manganeso, zinc, etc., y, ubicado en el privilegio de la gran empresa en el régimen, ha creado zonas de productos y de consumo para la agricultura, y creando salarios y proletariado y lucha de clases, neta, como resultado de la acumulación de capitales, que irá a naufragar en la cesantía y los brazos caídos, cuando la oferta supera a la demanda, debido a la contradicción fundamental del capitalismo, engendró su antítesis.

Nuestros mercados de hierro se amplían de lo interno a lo externo y ahora colocaremos "lingotes" elaborados por la "Compañía Electro-Siderúrgica" de Valdivia, en la República Argentina, lo que garantiza la posibilidad de acrecer el mercado internacional del gran producto.

La agricultura nacional se desarrolla en tres grandes sectores de la República; los cinco pequeños valles del Norte Chico, el del río Copiapó, del Huasco, del Elqui, del Limarí y del Choapa, en las provincias de la Zona Central, esencialmente pastero-lechero, chacarero y vitivinícola y en las provincias trigueras, ganaderas naperas de la Zona Austral y el Archipiélago. Magallanes es el emporio de la ganadería y el Norte Grande del Salitre. Los cinco pequeños e inmensos valles del Norte Chico oscilan entre la sequía y las inundaciones periódicas, sin caminos, sin una gran política hidráulica o de irrigación técnica, sin mercados, anarquizándose, día a día, y empobreciéndose en la trampa aviesa del Monopolio y los Intermediarios "mayoristas", que especulan con el productor hundido y desesperado, que, sin capital, en el abandono horriblemente espantoso del poder público, produce como

puede, lo que puede, cuando puede, los frutos hinchados de sol y miel de sus cajones paradisiacos.

La Zona Austral, El Aysen, Chiloé, Punta Arenas y sus territorios primitivos, son la California Ganadera y triguero-papero-pesquera de Chile, y allí viven los chilenos, desterrados bajo el latigazo de los capataces extranjeros de los monopolios ganaderos y la dura tarea del frigorífico, lanzando carne afuera y hambre adentro del país hambriento. La Zona Central, es la Zona, específicamente agrícola-vitivinícola y pastero-lechera; allí, debajo de las anchas, rumorosas casas de tejado colonial, polvoriento y herrumbroso, ronean los terratenientes, los latifundistas, los agricultores, que ejercen "el derecho de pernada" en el inquilinaje herido y tuberculoso, y mueren de hambre, de hambre, Mr. Hays, adentro de los ranchos tenebrosos, los antaño maravillados gañanes y peones, que enriquecieron a sus verdugos, entregándoles su dolor, su pasión y su sudor de grandes varones sin mancha; aculutados en los prejuicios y en los comicios electorales, negociaron el parlamento, comandando y financiando, al revés, el ejecutivo, a través de sus espías y sus sirvientes de la política pequeña-burguesa, amarilla, quintacolumnista, profascista, malvada. Ellos, únicamente fueron los asesinos del Gobierno del Frente Popular, desde adentro del Gobierno del Frente Popular, y ellos, únicamente ellos, y los intermediarios parasitarios de la especulación, nos van empujando y arrastrando a la tragedia, de la cual nos sacará únicamente la revolución socialista, con sangre o sin sangre ganada. Enemigos, "por patriotismo", del progreso y del ascenso nacional, enemigos del pueblo chileno, enemigos de la Democracia internacional y de la causa sagrada de los trabajadores, han arreado, a patadas, al sufrido peón chileno, frenando la industrialización, la sindicalización, la independencia económico-política de Chile, así como frenaron la revolución libertadora de 1810, firmando el acta de la traición, el acta de la adhesión a Fernando VII, de España. Férreamente aliados a los monopolios, los latifundistas se tragan a la pequeña agricultura regional, endeudada y progresista, sin crédito, o con macabros descuentos bancarios al 12 por ciento, sobre nuestros pesos desvalorizados. Miran con desprecio tremendo a los trabajadores manuales e intelectuales, estos parásitos negros de la gleba chilena, que, como expresión de su rencor ancestral y su odio al pueblo, al enorme pueblo que les da el pan, crearon el vocablo "abigeato", penado por el Código Penal, con años y años de cárcel ignominiosa, para castigar hasta los más pequeños robos de ganado en los campos...

A fin de conjurar y encausar la tragedia de las tierras chilenas, hacia una vaga salida democrática, por el momento, habría que planificar la colectivización territorial en grandes centrales de trabajo y de consumo, (ya que la subdivisión colonizadora, engendra la anarquía en

(Pasa a la pág. 2)

5^a. EPOCA - AÑO VI - N.os 61, 62 y 63-1^o. DE ENERO DE 1944

El estrófo

Recinto azul oscuro. Ventanal de diamante desde donde se dirigen encendidas palmeras y yedras de invierno. A la izquierda una estufa muerta. Dos gatos negros, electrificados. Muebles de estilo.

Selva.— Tendida en un diván, con los pies desnudos. Vestida de blanco, imperio. Cabellos negros, hacia arriba, tomados con un cintillo plateado.

Número.— Con blusa de terciopelo negro, cerrada hasta el cuello, pantalón gris, pelo negro abundante.

Número con su mandato de fuerza viril, arropado con vestones de claro y abrigado reposo: voluntad, razón y oposición a la feminidad de Selva.

ESCENA I

SELVA Y NÚMERO

—Número.— Tu nombre es ancho y verde.

—Selva.— En cambio el tuyo es exacto, equilibrado y preciso. Es la síntesis, el cauce que le falta al río.

—Número.— Nada falta a tu nombre, está lleno de estrellas y fuentes, colinas, dulce brisa.

—Selva.— ¡Adulador!

—Número.— Mi espada clava en el fuego de la tierra.

—Selva.— (Mirando hacia la ventana) ¿Sientes? (Se oyen galopes de cabalgaduras).

—Número.— (Acercándose) Son los caballos negros del viento. Atadas a sus crines, están las ansias de los vagabundos.

—Selva.— ¿Conoces la montaña?

—Número.— Conozco el hacha que la divide, la pólvora que la estremece, el petróleo que la perfuma. Conozco la montaña donde transita el bandido y el zorro salvaje.

—Selva.— Diez y seis años tenía cuando por la primera vez mi alma salió al encuentro de la naturaleza. En una caravana juvenil trepé cerros de la costa y mis músculos eran tensos y fuertes.

—Número.— Liviana criatura, tienes la agilidad de las tenues, la elasticidad de la luz que camina con el astro a la espalda.

—Selva.— (Soflando) En corto tiempo extraje inolvidables visiones de color, ardor y libertad.

—Número.— Sin embargo, (cor

amargura) la ciudad absorbente y succionante, hambrienta de glóbulos rojos, la ciudad con su aire dosificado en pequeños escaparates con tejales y ventanillas guardadas de atrapa. Selva.

—Selva.— Y me hace caminar por veredas angostas, calzadas de altos tacones, engrillada en vestiduras que hacen de mis ademanes un estudio racimo de sensaciones preconcebidas.

—Número.— Leche, frutas, agua de vertiente, soleados productos de la tierra, llegan hasta tu organismo desfigurados, etiquetados por la compraventa.

—Selva.— Precisamente. En estos años en que se cree, en que se levantan los brazos hacia el firmamento, en adoración de clima, de voluntad y de pensamiento!

—Número.— Te he visto, con dolor, encetar tus sueños en las hojas venenosas de los libros y en cuartillas olor a tinta y a tibia.

—Selva.— Esas son mis antenas espirituales que se pudren en las aguas de agua de tiempo.

—Número.— ¿Qué buscas?

—Selva.— Busco a Dios.

—Número.— De los templos y sus abalorios, sus luces y sus símbolos extraes una mezza roja y oro que te dobla las rodillas dejándote en los labios un sabor a incienso de canción crepuscular. ¿Es esto verdad?

—Selva.— El Ave María enredada entre mis labios viene desde muy al fondo de mí ser. El arco de mi voz se eleva potente y hace jugar las olivas y los candelabros.

—Número.— El Ave María resoplado desde el órgano, entelado de quejidos de monjes emparedados. Soplo de Edad Media es el que te lleva por desconocidos recintos de piedad e iluminación.

—Selva.— La altura, el ambiente, la significación en el estrado más alto...

—Número.—... y de catálogo que puede caber entre tu pecho y el velo que cubre la lozanía de tus cabellos.

—Selva.— Entre Jesús y Francisco de Asís entre Evangelios de miel y vino y palabras, entre leyendas de dolor extraigo belleza, sacrificio, purificación.

—Número.— No, Selva, lo que extraes es ese desmayo de la

carne virgen que se arrastra inconsciente y teme, sin temor, se aniquila sin profanarse, se alegra en el sufrimiento y aplaca con latigazos de sombra el espíritu inquieto y confundido, del desparter de los sentidos y su imperativo profundo.

—Selva.— No destruyas este derribo de amapolas, frescas, libélulas, espejos; esto que es material y equivalente a esa especie de éxtasis y belleza latente.

—Número.— Deja que el cuervo agorero del misticismo espectacular afloje sus vestiduras de cartón y ven conmigo hacia los caminos encendidos del amor.

—Selva.— Ninguna invitación más violenta y categorica que el amor, pero... ¿cómo reconocerlo?

—Número.— El amor es siempre fuerte, joven, floral, frutal, cumbre y lumbre donde se quedan las fuerzas y las pupilas del hombre.

—Selva.— Tu configuración material de volumen externo: queto, músculos, venas, piel, sangre, se hacen una y sola cosa con la esencia total que te anima. ¿Podré decir que te he encontrado?

—Número.— No es la ciencia, ni el saber, nada de eso conocido o por conocer lo que hace de lo vivo ese ser íntegro que se reúne en torno a lo que no has denominado aún.

—Selva.— Un hombre.

—Número.— Coloca tu cabeza en la piedra almohada de un arroyo, estira los brazos y amárralos a los cabellos flotantes de los sauces, haz jugar tus piernas entre el fango ligo para luego lavarlas en la corriente pálida de la sombra.

—Selva.— ¿Qué lejos están las orillas del viento y cómo entre estas paredes se estrella la libertad de mi instinto!

—Número.— En tu vientre se ha anidado el último anillo del sol de la tarde.

—Selva.— No ha descendido aún.

—Número.— ¡Desnúdate!

—Selva.— El eco de tu voz asciende por mis venas que no tienen otro límite que la eternidad.

De Norte a Sur, de Este a Oeste el mundo se transfigura y las líneas equinociales envuelven un sentido de fuerte resonancia.

ESCENA 2.a

EL SOLDADO DE PLOMO (entrando).

—El Soldado.— Tú dentro de mis dominios?

—Número.— La puerta estaba entornada y el viento me condujo hasta aquí.

—El soldado.— Selva espera que mi voluntad conduzca su destino.

—Número.— No interpretes así su nombre. No es Selva la muñeca de ramajes que crees llevar en las visceras.

—El soldado.— Es mi hija, retírate, no vuelvas a tomar este camino.

—Número.— He venido por ella.

—El soldado.— ¿Con qué derecho?

—Número.— Con el que me otorga la vida.

—El soldado.— Esa vida que podría segar en cualquier momento al no reconocer esos derechos.

—Número.— Haz la prueba.

—Selva.— Yo lo amo, escucha sus palabras, abre las ventanas y deja que el último anillo del sol de la tarde nos invada.

—El soldado.— (estruendo) Te ha hecho perder la razón, vuelte en tí Selva. (A Número) Retírate en mi cinto hay un plomo que aguarda la dirección de tu cerebro.

—Número.— No lo temo. Hay algo más fuerte que la muerte.

—El soldado.— Dilo.

—Número.— Selva.

—El soldado.— Selva, ¿has escuchado? ¿Crees que su inconsciencia podría darte la felicidad?

—Selva.— Nada creo, la vida responderá por nosotros.

—El soldado.— ¿Qué ha pasado bajo mi techo? ¿Dónde habéis hilvanado palabras vanas y conceptos embusteros? ¿Quién os enseñó a construir con sueños?

—Número.— Esto es un torbellino!

—Número.— No, señor, es una piedra que cae.

—El soldado.— Me habéis atropellado y os maldeciré.

—Número.— La maldición se volverá contra tu nombre.

—El soldado.— Los rayos de mi ira os seguirán como perros rabiosos. Sembraré malezas, espinas, veneno; vuestros hijos irán errantes por la cuerda más floja de la tierra. Satanás me oiga. Satanás levante entre vosotros la

incomprensión y el odio. El infierno se abra para vosotros. Maldición! Maldición! Maldición! (Sale mesándose los cabellos).

(Selva se desmaya. Número la recibe en sus brazos y la besa largamente).

CUADRO SEGUNDO

Colinas de Otoño. Lejos montañas nevadas. Un camino quebrado hacia el abismo. Son los oros de Mayo y su fuerte esencia dura, fría, sin alientos. Son los oros de Mayo y una encrucijada se ensancha ante el paisaje. Sentada a ras de la colina, Selva, vestida de terciopelo negro. Traje de estilo, esmerado, con encajes de Inglaterra. Un camafeo al centro. Cabellos peinados en altos bucles blancos. Mangas largas apriando en el puño, unas manos pálidas como estrellas de mar a la luz de la luna. En la mano izquierda, en el anular, una esmeralda como un abejorro transparente.

Amor, Fecundidad, Dolor, Vida. Desengaño, Muerte. Sombras tenues en rosado, rojo, azul, verde, amarillo, negro. Voces contrapuestas.

Danza final, ronda aérea al pie de la colina. Murmullo de aguas y pájaros. Ay, lejano el canto del Nocturno No. 1 de Chopin. Empezada la sombra hasta la oscuridad absoluta.

ESCENA UNICA

SELVA Y LAS SOMBRAS

—Sombra 1.a: (subiendo la colina).

—Selva.— ¿Cómo es liviana, la cadencia de tu andar! Pétales y canciones te alfombran el camino.

—Sombra 1.a: No ando, vuelo. Abrigo mis alas en los resplandores del mundo, soy la violeta del espacio, el rumor de los pensamientos, inconfesados. El más risueño sentido de la existencia.

—Selva.— Fuieste para mí más que eso, sombra inmortal. Cuando tu estrella cayó sobre el techo humilde que me cobijaba me volví transparente.

—Sombra 1.a: Sin embargo, horas.

—Selva.— Es que me miras a través de tí misma.

—Sombra 1.a: (desciende hacia el abismo).

—Sombra 2.a: (subiendo la colina).

—Selva.— ¿Buscas a alguien?

—Sombra 2.a: A mí paso las simientes de los campos gritan su esplendor. Los hombres, los animales, los insectos, las flores, los frutos, los mares y su corazón de coral me pertenecen.

—Selva.— Fecunda fué mi existencia: hijos, pensamientos, acciones, faenas, todo lo extraje de entre tus rojas entrañas.

—Sombra 2.a: ¿Estás tranquila?

—Selva.— Tengo la tranquilidad del árbol que va diti frutos que se alzan lozanos. El árbol que se abrigó de hojas tardías en lucha con las ventiscas, esa capa de hojas oscuras que huelen a zumo casero, a carbón, a huesillos, a rosas azumagadas.

—Sombra 2.a: (desciende hacia el abismo).

—Sombra 3.a: (subiendo la colina).

—Selva.— No vaciles, avanza, fuiste la razón de mis ojos, a tu sombra tejí canastillos que se rompieron, hicé brillar espejos que se quebraron. Oí palabras heladas de los seres queridos.

—Sombra 3.a: Te herí sólo para que te redujeras a ese rincón sagrado que se queda en el alma y al cual nadie penetra.

—Selva.— Eres una flor azul en la ceniza de mis cabellos.

—Sombra 3.a: (desciende al abismo).

—Sombra 4.a: (subiendo la colina).

—Selva.— No vaciles, avanza, fuiste la razón de mis ojos, a tu sombra tejí canastillos que se rompieron, hicé brillar espejos que se quebraron. Oí palabras heladas de los seres queridos.

—Sombra 4.a: Te herí sólo para que te redujeras a ese rincón sagrado que se queda en el alma y al cual nadie penetra.

—Selva.— Eres una flor azul en la ceniza de mis cabellos.

—Sombra 4.a: (desciende al abismo).

—Sombra 5.a: (subiendo la colina).

—Selva.— ¿Qué dulce es tu avance de paz! En tus vestiduras envuelvo mi cansancio y mi sueño!

—Sombra 5.a: Tu sueño será seguro y tranquilo. Soy la tierra que te llama, la reivindicación de todos tus actos. En lo alto de la colina tu nombre estará escrito y los pájaros vendrán a conversar con tu recuerdo.

—Selva.— Acércate, sombra niveladora. No sabes cómo entre mis huesos está tu perfil de cicutu. Ya viniste tantas veces por los mios.

—Sombra 5.a: No negarás que siempre fui liberación. Apago todos los dolores, todos los sentimientos que mis compañeras hicieron fracasar. Sin mí la colina no se alzaría para tí y los pasos de todas nosotras no caerían al abismo.

—Selva.— Sombra de sombras, eres la única y última verdad que no descenderá de esta colina.

(Las sombras regresan del abismo y se reúnen a la Sombra 6.a, danzando alrededor de Selva.

—Selva.— Me amamenté de le.

—Sombra 6.a: (desciende al abismo).

—Sombra 7.a: (subiendo la colina).

—Selva.— ¿Era necesario vivirte? Infancia, adolescencia, plenitud, os he vivido a la sombra de tu espada acorada y flexible, impenetrable.

—Sombra 7.a: Puseste y encontraste tu Paraíso. Fuieste Eva de manos enguantadas que se despojó de la academia de las formas para penetrar en el redondeo de la verdad.

—Selva.— Pisé la adoración y adoré el polvo del camino.

—Sombra 7.a: A pesar de las dos cruces del Siglo emergiste en desnudez total.

—Selva.— Me amamenté de le.

TELON

R.

W.

DE

T S I O L K O V S K I

des técnicas, y el Gobierno. Durante la guerra ruso-japonesa cuando el periódico "Rúskole slovo" ("La palabra rusa") abrió la subscripción para construir un dirigible metálico del tipo inventado por Tsiolkovski, con el fin de acelerar el transporte de tropas a Manchuria, fueron colectados cerca de 500 rublos, quedando también esta suma en la caja de la administración de dicho periódico.

Tsiolkovski nunca hizo secreto de sus inventos. Todo el que deseaba podía ver el modelo de la envoltura de su dirigible y recibir explicaciones del mismo inventor. Por sus propios medios, bastante limitados, Tsiolkovski imprimió varias decenas de folletos, en los cuales exponía sus ideas técnicas. Enviaba gratis esta literatura a todo el que se interesaba por sus trabajos. Pero tampoco esto ayudaba, los folletos no circulaban y se leían poco. Su aspecto técnico era bastante miserable, puesto que en la imprenta provincial no había letras latinas ni griegas, adoptadas en general para la expresión de las fórmulas matemáticas, y Tsiolkovski utilizaba en lugar de estas letras las abreviaturas de palabras rusas. Por esta causa, las fórmulas adquirían un carácter torpe y enigmático y se asimilaban difícilmente por el ojo que se hallaba acostumbrado a las asignaturas usuales.

Además de varias decenas de folletos técnicos, Tsiolkovski escribió varias obras de bellas letras, de carácter científico y fantástico: "En la luna", "Sueños sobre la tierra y el cielo", y otras que no le atraerón simpatías calurosas por parte de la sociedad. La crítica las condenó, y los pequeños burócratas consideraron a Tsiolkovski como a un "loco". Sin embargo, en estas obras, el gran sabio se acercaba ya a la solución del más grande problema de la técnica.

"Al principio marchan el pensamiento y la fantasía. Seguidamente va el

cálculo científico y finalmente la realización corona al pensamiento". Estas palabras de Tsiolkovski hay que considerarlas como un hilo que se extendió desde sus sueños fantásticos hacia el problema de vuelo efectivo en los espacios estratosféricos, que él mismo llegó a elaborar detalladamente.

Tsiolkovski fué el primero en el mundo que indicó el principio físico-mecánico sobre el cual puede basarse el vuelo dirigido en el ámbito estratosférico, en el espacio interplanetario. Muchos años antes que los otros sabios, elaboró matemáticamente la teoría del movimiento del cohete: la nave estratosférica interplanetaria que conquista otros mundos.

Los artículos de Tsiolkovski hallaban con frecuencia en su camino las barreras de la censura. En 1903, Tsiolkovski publicó en la revista "Nauchnoe obozrenie" ("La observación científica") el artículo "La investigación de los espacios interplanetarios por medio de aparatos reactivos". "Para este trabajo inventé un título oscuro y modesto —decía luego Tsiolkovski—, y sin embargo, el redactor me comunicó que la censura había dado permiso para su publicación después de un gran trabajo y demora".

Sin embargo, este artículo del notable inventor pasó completamente inadvertido. No en el ambiente científico, ni en los amplios círculos produjo eco alguno. Es posible, inclusive que nadie lo haya leído.

En los años 1911-1912 en una serie de números de la revista "Vistnik vodoplovania" ("Los anales de la aeronavegación") fué publicado el segundo trabajo de Tsiolkovski, bajo el mismo título. Los lectores lo acogieron como una utopía que no merecía una atención seria. Tsiolkovski ganó aún más la reputación de un "soñador sin fundamento".

A fines de 1917 K. E. Tsiolkovski realizó un informe con la descripción

popular de sus ideas sobre el cohete. Nuevamente escribió su novela científico-fantástica: "Sobre la Tierra y fuera de la Tierra en el año 2017". Esta obra asombra por su conocimiento y único carácter científico. Toda ella está basada sobre datos científicamente rigurosos y frecuentemente representa el fruto de investigaciones matemáticas muy precisas y difíciles. Pero la novela obtuvo una circulación absolutamente insignificante y quedó casi desconocida en aquellos amplios círculos para los cuales era destinada.

Solamente 25 años más tarde después del estudio hecho por Tsiolkovski sobre la teoría del aparato reactivo (1895), apareció el libro del profesor Godard sobre los cohetes para la exploración de las alturas extremas. Y cuatro años más tarde, se publicó en Alemania el libro del profesor Obert "Sobre el cohete hacia el espacio cósmico".

Obert tiene muchas cosas parecidas a las de mí "Fuera de la Tierra"—escribía Tsiolkovski a uno de sus amigos—, la escafandra, el cohete complejo, atar a una cadenilla a los hombres y objetos, el cielo negro, las estrellas sin centellear, los espejos, las señales luminosas, la base fuera de la Tierra, el viaje de ella a la lejanía, el rodeo a la luna; inclusive la masa del cohete que eleva a los hombres es análoga a la mía, 300 toneladas; el estudio de la Luna y de la Tierra y muchas otras cosas".

Después de la Revolución de Octubre, ocurrieron grandes cambios en las condiciones del trabajo del gran inventor autodidacta. Su situación material mejoró repentinamente. El Estado aseguró al inventor una pensión personal elevada y le concedió con la Orden del Trabajo de la Bandera Roja. Por cuenta del Estado fué construida en la calle de Tsiolkovski una bella casa para él y su familia. El maestro de escuela desconocido antes por todos llegó a ser el más ilustre ciudadano de su ciudad.

Pero lo más importante en las nuevas condiciones de vida de K. E. Tsiolkovski era que ahora podía entregarse enteramente a su vocación predilecta, sin preocuparse de la existencia cotidiana de su familia. Ahora en el ocaso de su vida, Tsiolkovski trabajaba con especial éxito: en varios años pudo publicar 40 nuevos trabajos, consagrados, principalmente, a la técnica de la construcción del dirigible metálico y al desarrollo sucesivo de la idea del vuelo estratosférico.

Toda la Unión Soviética celebró el 75 aniversario del nacimiento de K. E. Tsiolkovski, hombre emérito en la ciencia soviética. El nombre mismo de este incansable inventor llegó a ser una especie de bandera en las manos de centenares de miles de jóvenes racionalizadores e inventores, de los cuales es tan rico el país Soviético. El hombre tanto tiempo enterrado vivo en la lejanía provinciana de la vieja Rusia, obtuvo de golpe la fama, el bienestar, el reconocimiento general y el gran cariño de las amplias masas populares.

Unos días antes de su muerte, K. E. Tsiolkovski se dirigió a I. V. Stalin con la siguiente carta:

"Toda mi vida —escribía— soñaba en que mis trabajos sirvieran, aunque fuera sólo un poco, para mover la humanidad hacia adelante. Antes de la Revolución, mi sueño no podía realizarse. Solamente Octubre trajo el reconocimiento a los trabajos de un autodidacta, solamente el Poder Soviético y el Partido de Lenin-Stalin me prestaron su ayuda eficaz. Sentí el cariño de las masas populares y esto me dió fuerzas para continuar mi trabajo, aun estando ya enfermo. Sin embargo la enfermedad no me permite ahora terminar la causa comenzada.

"Ego el Partido Bolchevique y al Poder Soviético, dirigentes auténticos del progreso de la cultura humana, todos mis trabajos referentes a la avia-

ción, la navegación de cohete-raqueta y las comunicaciones interplanetarias.

"Estoy convencido de que ellos finalizarán con éxito estos trabajos..."

I. V. Stalin respondió:

"Al ilustre hombre de ciencia, camarada K. E. Tsiolkovski:

Reciba mis expresiones de gratitud por la carta llena de confianza hacia el Partido Bolchevique y el Poder Soviético.

"Le deseo salud y el trabajo continuado con fértil éxito en provecho de los trabajadores. Estrecho su mano".

Profundamente agitado por estas palabras alentadoras, Tsiolkovski telegrafió a I. V. Stalin:

"Conmovido por su telegrama. Siento que hoy no he de morir. Estoy seguro y sé que los dirigibles soviéticos serán los mejores del mundo..."

Tsiolkovski murió rodeado por un especial cariño de la juventud soviética, a la cual transmitió su audacia de pensamiento y su enorme amor al trabajo. El Combinado de Estudio de la Construcción de Dirigibles, en Moscú, lleva su nombre, y en el territorio de la Oficina de Construcciones de Dirigibles se halla colocado un monumento con el busto del inventor. El Gobierno de la U. R. S. S. ha establecido becas y premios anuales con el nombre de "K. E. Tsiolkovski" para los estudiantes, futuros constructores de dirigibles, y para los trabajadores científicos que presenten los mejores trabajos de carácter científico-investigador y científico-experimental en el dominio de la navegación aérea, la construcción de dirigibles, el movimiento de cohetes y el estudio de la estratosfera.

Los éxitos de la aviación soviética son una de las pruebas de que la causa a la que consagró la mejor época de su vida Constantino Eduardovich Tsiolkovski, se halla en manos hábiles y fuertes.

J.

G.

Número Próximo: "Olavarría y la Juventud Chilena de Izquierda", por ANTONIO de UNDURRAGA